

Y ¿qué servicios no hicieron también á la Iglesia los dignos hijos de San Vicente de Paul en las misiones de Berbería? Son estas tan honrosas al nombre cristiano, que no podemos dejar de referir por lo menos dos sucesos de grande edificación, entre otros infinitos, que es preciso pasar en silencio á causa de la brevedad que nos hemos propuesto. Entre los esclavos á quienes procuraban preservar de los peligros de la apostasia, había dos cristianos como de unos quince años, el uno francés y el otro inglés, que habian caído en poder de dos mahometanos de Túnez, cuyas casas estaban contiguas. La vecindad y la igualdad en la edad y el infortunio, los unieron insensiblemente con una estrecha amistad. El francés, que era un piadoso y celoso católico, inspiró al inglés algunos principios de catolicismo, y después le instruyó á fondo un misionero, en cuyas manos abjuró los errores de su nacion. Fué su conversion tan sólida, que habiendo ido unos comerciantes á rescatar los esclavos de su pais y de su religion, les declaró francamente que era católico, y que mas queria pasar la vida entre cadenas, que recobrar la libertad con perjuicio de la verdadera fé. Permaneció, pues, esclavo, y continuando en ver á su virtuoso compañero, no cesaban de animarse recíprocamente á despreciar por la fé todas las violencias que pudiesen emplearse para arrancarla de su corazón. Lo que hubiera debido admirar á los infieles, solo sirvió para llenarlos de furor, pues muchas veces llegaron sus bárbaros señores á tal extremo de brutalidad, que los molieron á golpes, dejándolos por muertos.

Hallándose un dia el francés en este estado, le visitó su amigo, el cual, no pudiendo discernir si estaba vivo ó muerto, le llamó á gritos por su nombre. Lo único que pudo pronunciar fueron estas palabras: *Soy cristiano, y lo seré mientras viva.* Al momento le besó los pies el inglés, como á un mártir. Cuando estaba dándole este testimonio de veneracion, llegaron algunos mahometanos, y muy admi-

rados le preguntaron por qué hacia aquello. «Estoy honrando (les respondió), á los miembros que acaban de padecer por Jesucristo, mi Salvador y mi Dios.» Oyendo esto los infieles, le echaron de allí llenándole de ultrages. Curado el francés, fué al cabo de algun tiempo á visitar al inglés, y le halló tendido en una estera y medio muerto de resultas de los golpes que habia recibido. El amo bárbaro, que acababa de egercer su brutalidad, se hallaba todavía presente con muchos turcos. No se atemorizó el héroe cristiano, antes bien, entró sin detenerse, se acercó á su amigo y le preguntó en alta voz, ¿á quién amaba mas, á Jesucristo ó á Mahoma? Olvidando el inglés sus dolores, respondió con firmeza que á Jesucristo: que era cristiano y queria morir cristiano. Los infieles estaban bramando de furor contra el francés. Uno de ellos, que llevaba dos cuchillos en el cinto, sacó uno, y empezó á perseguirle amenazándole que le habia de cortar las orejas. Le esperó el cristiano con mucho sosiego, y luego que le tuvo cerca le quitó el otro cuchillo, se cortó él mismo una oreja, y presentándosela, le preguntó si queria tambien la otra, y en efecto, se la habria cortado, si no se le hubiese quitado el cuchillo. Por las felices resultas de esta accion, contraria sin duda alguna á las reglas comunes, pareció que iba dirigida por una inspiracion especial, pues el divino esfuerzo de estos dos jóvenes hizo tal impresion en los infieles, que ya no volvieron á hablarles de abandonar la fé cristiana; pero teniendo ya su último adorno la corona que les estaba destinada, uno y otro murieron el año siguiente con un mismo género de enfermedad. No quiso el Señor separar en la muerte á los que el celo por la gloria de su nombre habia unido tan íntimamente en el discurso de su vida (1).

El segundo ejemplo de edificacion, aun

(1) Vid. de S. Vic. de Paul. l. 2, c. 1, secc. 11.

mas prodigioso por mas mesperado, se verificó en la ciudad de Argel. Un esclavo de veinte y uno á veinte y dos años, llamado Pedro Bourgouin, natural de Mallorca, habia renegado de la fé, por el miedo que le inspiró el baja, amenazándole con que habia de marcarle para las galeras del gran señor, de donde no hay esperanza de salir jamás. Conservaba en su corazón este desgraciado jóven los sentimientos de aprecio y de amor que habia tenido siempre con respecto á su Religion y lo declaraba así á los esclavos cristianos que le daban en rostro con su delito. En fin, llegaron á ser tan crueles los remordimientos de su conciencia, que no pudo resistir, y tomó la resolucion de reparar con el sacrificio de su vida la falta que habia cometido, aunque le horrorizaba el pensar en el tormento que habia de padecer. «Pero la fuerza del cristiano (se decia á si mismo) está en el Señor: sus misericordias son infinitas: él me sostendrá; sobre todo, murió por mí, y es justo que yo muera por él.» Engolfado en estos pensamientos, fué á buscar al baja, y hollando el turbante que habia recibido de él: «Tú me has seducido (le dijo) haciendo que renuncie mi Religion, que es la buena y la verdadera, por la tuya que es falsa. Ahora te declaro que soy cristiano: abjuro tu creencia, y la miro con horror. No ignoro que me quitarás la vida; pero no importa: pronto estoy á sufrir todo género de tormentos por Jesucristo mi Salvador.» Enfurecido el baja, le condenó inmediatamente á ser quemado vivo. Habiendo llegado al lugar del suplicio, y viéndose rodeado de musulmanes, de renegados y de muchos cristianos: «viva Jesucristo (esclamó), y triunfe siempre su Religion. No hay otra en que podamos salvarnos.» Y consumó su sacrificio con una constancia inalterable. El misionero que habia sostenido siempre su valor, se halló, aunque algo distante, en su martirio, y habiendo convenido antes en cierta señal, le dió

la última absolucion en medio de las llamas (1).

El santo fundador de estas misiones era á un mismo tiempo su celador y director, procediendo siempre con la mayor prudencia y circunspeccion, á pesar del celo de que estaba inflamado. Solo la preocupacion de secta dejará de reconocer en el autor de la siguiente carta, en vez del espíritu apocado y terco que le atribuyen los novadores, la grandeza de miras y la superioridad de genio. «Haced todo el bien espiritual que sea posible (escribia á los misioneros de Argel): haced todo el bien que podais á los esclavos cristianos, á los sacerdotes y religiosos, valiéndoos de la suavidad y blandura, y reservando la severidad para el último recurso, no sea que los trabajos que ya padecen, y el rigor con que vosotros los trateis, los conduzcan á la desesperacion. Vuestro estado no os hace responsables de su salvacion eterna, supuesto que solo sois enviados para consolarlos, animarlos á padecer y ayudarlos á perseverar en nuestra santa Religion. No conviene empeñarse en abolir de un golpe las cosas que están en práctica entre ellos aunque sean malas. Os suplico, pues, que en cuanto os sea posible condescendais con la fragilidad humana. Mas habeis de adelantar con los esclavos cristianos por medio de una tierna compasion, que tratándolos con demasiada aspereza. No les faltan luces, sino fuerza, la cual se insinúa con la uncion de las palabras y con el buen ejemplo. No digo que deban autorizarse ni permitirse sus desórdenes, sino que los remedios deben ser muy suaves en el estado en que se hallan; y que se necesita aplicarlos con mucha precaucion, atendidas las circunstancias y el perjuicio que pueden causar, no solo á vosotros, sino tambien á la obra de Dios.

» Otro escollo tenéis que evitar (continúa)

(1) Vid. de S. Vic. de Paul. l. 2, c. 1, sec. 5.

en orden á los mahometanos naturales y á los renegados. En el nombre de Dios os ruego que no tengais trato con esas gentes. No os espongaís á los peligros que de ahí pueden resultar, porque en tal caso os arriesgaís á perderlo todo. Hariaís un daño irreparable á los pobres cristianos que gimen en la esclavitud, y cerrariaís para siempre la puerta que ahora teneis abierta para ir á hacer en sus personas algun servicio á Dios. Ved, pues, el gran mal que hariaís por un corto bien que quizá es solo aparente. Importa mas impedir la apostasia de una multitud de esclavos, que trabajar en la conversion de un renegado. Mejor médico es el que preserva del mal que el que le cura. No están á vuestro cargo las almas de los turcos ni de los renegados. Vuestra mision no los comprende á ellos, sino solamente á los cristianos cautivos.»

En cuanto á las reglas de discrecion, de condescendencia y de una prudente longanimidad, escribia el Santo lo que sigue: «No conviene emprender demasiadas cosas á los principios, como hacer misiones en las mazmorras ó introducir entre los cautivos nuevas prácticas de devocion. Muchas veces se echan á perder las buenas obras por ir con demasiada priesa; y esto es seguir las inclinaciones naturales que trastornan el talento y la razon. Entonces se cree que se puede hacer todo el bien que se quiere, y que es tiempo oportuno para ello; pero luego se conoce el error, aunque tarde y cuando ya no hay remedio. El bien que Dios quiere se hace casi por sí mismo y sin pensar en ello. Así nació nuestra congregacion, como tambien la asociacion de las señoras de la caridad, la institucion de las criadas de los pobres, el establecimiento de los niños espósitos, en una palabra, todas las obras que tenemos entre manos. Por nuestra parte no hemos emprendido con designio premeditado ninguna de estas cosas; pero Dios, que queria ser servido en tal y tal ocasion, las suscitó insensiblemente por sí mismo, y se sir-

vió de nosotros sin que supiésemos cuál era el fin que se habia propuesto. Por tanto, abandonémonos á su Providencia, sin apresurarnos mas en el progreso de estas obras que en el principio de ellas. ¡Ah! ¡cuánto deseo que modereis vuestro ardor y peseis maduramente las cosas con el peso del santuario antes de resolverlas! Portaos de un modo que, por decirlo así, tenga menos de activo que de pasivo, y hará Dios por vosotros lo que todos los hombres juntos no podrian hacer sin él.»

Una prudente lentitud, pero siempre activa bajo la mano de Dios, era el carácter del celo, tan fecundo en grandes obras, que el santo fundador de la Mision inspiraba continuamente á sus discípulos, y del cual estuvo él mismo animado hasta la edad de ochenta y cinco años, sin que sus enfermedades habituales, acompañadas tambien de los mas vivos dolores, le hiciesen disminuir el trabajo ni mitigar la austeridad con que vivia. En los dos últimos años de su vida le atormentó tanto una hinchazon de piernas, que no podia moverse sin peligro de caer desvanecido. Sin embargo, estaba á la vista de todos los asuntos de la congregacion, de las varias misiones y de todas las obras de piedad, las cuales se hacian siempre á impulso suyo. Recibia una infinidad de cartas, y respondia á ellas por sí mismo. Enviaba personas de confianza á los lugares á donde él no podia ir; les prescribia lo que habian de hacer y decir; congregaba á sus asistentes y á los empleados de su casa, y hablaba con todos en comun, ó con cada uno en particular, segun lo exigia la prudencia. Aun hallándose en el mayor abatimiento hizo algunas veces discursos de media hora, con una energia, un orden y una elocuencia que llenaban de admiracion á cuantos le oian. Así se fué consumiendo casi insensiblemente una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia católica, no cesando de brillar hasta que cesó de existir.

Habia diez y ocho años que se disponia tan

particularmente para la muerte, que no se habia acostado ni una sola vez sin prepararse como si hubiese de morir aquella misma noche. Murió en fin, asistido con todos los socorros de la Iglesia, á 25 de setiembre de 1660, sin calentura, sin accidente extraordinario, sin ninguna apariencia de agonía, por un puro desfallecimiento de la naturaleza, y como una vela que se apaga cuando se consume enteramente. En efecto, se consumieron todas sus fuerzas sirviendo al divino Señor, y fué tan pacífica su muerte, que no tanto pareció que moria, como que dormia en la paz del Señor.

Luego que dejó de existir, y que su profundísima humildad no puso ningun obstáculo á la veneracion pública, los príncipes, los preladados, las comunidades civiles, eclesiásticas y regulares, la capital y las provincias no conocieron límites en su respeto, en sus testimonios de agradecimiento, en sus panegíricos, y en sus elogios públicos y privados. Pero las obras del justo son, segun el Espíritu Santo, las que le alaban dignamente. ¿Y cuántos panegiristas de este género tiene Vicente de Paul en la institucion de un cuerpo numeroso de misioneros, de las hermanas del Hospital, de la Providencia, de la Cruz y otras muchas; en el establecimiento del hospital general de Paris, del asilo de los niños espósitos y de las personas dementes; en el alivio y subsistencia de las provincias de Champaña, de Picardía, de Lorena y del Franco-Condado, por espacio de diez, doce y quince años casi seguidos; en el fomento y direccion de todas las buenas obras de alguna importancia que se hicieron en el discurso de su larga carrera? Pero lo que le recomienda aún mas que las mismas obras, es haber desechado constantemente la gloria que de ellas debia resultarle, reservándose solamente el trabajo; y lo que quizá fué todavia mas generoso es que, haciéndole inaccesible á todo temor y á todo respeto humano el horror que tenia á las novedades reprobadas por la Iglesia, arrancó la máscara á

la secta que solo en sus fautores hallaba virtud, capacidad y buen sentido. Mas ¿á qué realzar obras que solo encuentran contradicciones despreciables? Solos aquellos han rehusado á San Vicente de Paul los títulos de grande hombre y de gran Santo, que en su delirio impío trataron de derribarle de los altares en que la Iglesia le habia colocado ya solemnemente.

Por lo demás, los atentados de las sectas son, en manos de la Providencia, las armas mas á propósito para arruinarlas, ó á lo menos para confundirlas. Así la fanática Inglaterra llegó á avergonzarse de los excesos que habia cometido contra su rey Carlos I, y restableció en este mismo año 1660 á Carlos II en el trono de su desgraciado padre (1). El jóven rey habia pasado en los países estrangeros una vida errante y fugitiva desde la funesta batalla de Worchester, en que la tirania habia consumado su triunfo. Aun su evasion fué un favor señalado del que vela particularmente sobre la conservacion de los reyes. Carlos habia huido de Worchester sin mas compañía que cincuenta hombres de caballería, de cuyo número era el conde de Derby. Evitado el primer peligro, se trató de hallar un asilo, en que á lo menos pudiese con mayor seguridad tomar sus medidas para huir mas lejos. Derby le dió noticia de que allí cerca habia un aldeano católico llamado Penderel, hombre diestro, discreto, de mucha probidad, y que ya le habia hecho á él mismo un favor semejante. La circunstancia de ser católico romano no fué la que menos contribuyó á determinar al rey, el cual, á pesar de que todavia estaba adicto á la heregía, habia conocido por su propia esperiencia que la educacion católica inspira una fidelidad á los soberanos que no se encuentra en las sectas.

El conde de Derby envió á buscar á Guillermo Penderel, que acudió con su hermano Ricardo, tan fiel como el mismo Guillermo. Despidió el rey su escolta y se entregó á aque-

(1) *Revol. de Ingl. l. 10.*  
B. del C., tomo XXI.—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VI,

llos buenos aldeanos, sin ocultarles ninguna cosa. Lo primero que hicieron fué cortarle el pelo, atezarle la cara y las manos y vestirle como uno de ellos; despues de lo cual, en vez de llevarle á Boscobel, donde vivian á la entrada del condado de Schrop, fueron á ocultarle en un bosque inmediato, donde le hicieron una cabaña, en que vivió por espacio de muchos dias. Nada estaba de mas en estas precauciones, pues ya se hallaban dentro del país y en sus inmediaciones los destacamentos enviados de todas partes para perseguir al rey; pero habiendo sobrevenido una lluvia furiosa en el paraje en que se hallaba, se calmó la vivacidad de las pesquisas, y tuvo tiempo para respirar. Entretanto Ricardo Penderel fué á su casa á buscarle una almohada y unas mantas, y advirtió á una parienta suya que le llevase de comer. Muy sorprendido el rey al verla, la hizo algunas preguntas para descubrir si Penderel la habia revelado el secreto. La probidad y la delicadeza de sentimientos era como hereditaria en aquella familia honrada. Sin entrar la aldeana en ninguna esplicacion que pudiera dar cuidado al príncipe, le dió una respuesta en que se pintaba tan bien su corazón, que no tuvo Cárlos ningun recelo, y con la leche y manteca que le llevó, tuvo una comida mas deliciosa para él, segun la necesidad en que se hallaba, que todos los banquetes de la córte. Durmió asimismo profundamente, sin embargo de que la cama no era demasiado cómoda.

Habiendo despertado, resolvió pasar al país de Gales, donde tenia caballeros de toda su confianza para ver si podria suscitar una revolucion en la ciudad de Lóndres. Sus huéspedes le dieron noticia de que en la orilla del Saverna, por donde habia de pasar, habia un hombre seguro que le tendria oculto en su casa hasta que pudiese ponerse á la otra parte del rio. La noche siguiente marchó el rey á caballo con Ricardo Penderel, que quiso servirle de guia. No habia que andar mas que do-

leguas; pero la noche estaba sumamente oscura, y era preciso pasar un arroyo en que no habia mas puente que el de un molino que se cerraba de noche con una barrera. Empeñados en quitar este tropiezo, acudió el molinero al ruido gritando: *Detente*. Al momento se retiró de allí Ricardo, pasó por medio del arroyo, y el rey le siguió casi sin verle, guiándose por el ruido que hacia dentro del agua. El molinero no se atrevió á esponerse en medio de la oscuridad con unas gentes tan determinadas, y pasaron sin tropiezo el arroyo; pero nada adelantaron con esto, porque las orillas del Saverna estaban tan llenas de soldados, que Ricardo disuadió al príncipe de que intentase un paso tan peligroso. No hubo mas recurso que volver á Boscobel, desde donde fué Cárlos inmediatamente al bosque, y se encerró en su cabaña, mientras observaba Ricardo en las cercanías si se descubrian enemigos.

Hallóse al contrario con un hombre, cuyo encuentro debia causar mucha alegría al rey, esto es, con el valiente Carlis, que habia peleado hasta el último extremo para facilitar la evasión del rey, y solo habia huido cuando presumió que estaria ya fuera de peligro. Se habia lastimado Cárlos un pie en la expedicion del Saverna, y no sintió bien el dolor hasta que hubo descansado un rato en su cabaña. Para buscar algun alivio á esta incomodidad, fué de noche á la casa de los Penderels, donde se hallaba ya el conde de Carlis, que era natural de aquel país y tenia noticia de la honradez de aquella familia. Allí se vieron el rey y el conde con una alegría que suspendió por algunos momentos todos los cuidados de los dos fugitivos; pero despues que comió el príncipe y se bañó el pie, se volvió al bosque, acompañado de Carlis, que quiso esponerse con él á todo género de peligros; y creyendo que no estaba de mas ninguna precaucion, se informó de uno de sus huéspedes, el cual le enseñó un árbol corpulento, donde á cierta al-

tura habia un hueco en que podian caber dos personas. Hizo que subiese allí el rey, le acompañó, y le tuvo en sus brazos todo el tiempo que el príncipe quiso dormir. Despues de esto, Hudleston, sacerdote católico, refugiado tambien en casa de los Penderels, le ocultó de un modo menos incómodo, y le hizo otros favores de que nunca se olvidó Cárlos.

Entretanto se iba comunicando el secreto á muchas personas, y se esparcian ciertos rumores de que el rey estaba oculto en aquel país. El oficial de una de las partidas que le perseguian, encontró un dia á uno de los Penderels, le hizo muchas preguntas acerca de este príncipe, prometiéndole que le llenaria de bienes de fortuna si podia contribuir á descubrirle. Algunos dias despues se le puso una pistola al pecho á otro de los Penderels, para obligarle á que declarase donde estaba el rey. Jamás se desmintió la fidelidad de aquellos virtuosos aldeanos, y el rey no tenia ningun recelo con respecto á ellos; pero estaba muy espuesto, solo con sospecharse que se hallaba en este ó aquel paraje; y supo por otra parte que el baron de Wilmot, á quien habia enviado á Lóndres para probar fortuna, no habia adelantado nada, y se habia retirado á Mosley, á casa de un caballero de confianza llamado Witgrave. Tomó, pues, el partido de ir á buscarle, resuelto á salir lo mas pronto que pudiese de un reino que no le ofrecia ninguna seguridad. En Mosley se despidió de los Penderels, que quisieron acompañarle á aquella ciudad. Allí encontró á Wilmot, pero se le agrió de un modo extraño el gusto de volver á verse; pues apenas estuvieron juntos, llegó una compañía de soldados á la casa de Witgrave, con ánimo de registrarlo todo. Era inútil toda resistencia; y Witgrave salió del apuro, mostrando una presencia de ánimo inalterable. Hizo que se ocultasen sus huéspedes, y abrió al mismo tiempo la casa, con una facilidad y un aire de confianza que quitaron la gana de hacer una averiguacion esacta.

Comunicó el rey á Witgrave y á otro caballero del país, igualmente seguro, llamado Laney, la resolucion que habia tomado de pasar el mar. Tenia Laney una hermana de mucho talento, la cual halló arbitrio para llegar á la costa de Bristol, pues con pretesto de ir á asistir á una parienta suya, que vivia cerca de aquella ciudad y estaba de parto, dispuso que la acompañase el rey disfrazado en traje de criado, llevando además otras dos personas, y á Wilmot que iba vestido de cazador, con escopeta y perros. En el camino se desherró el caballo del rey; y para continuar haciendo el papel de criado fué el mismo príncipe á un lugar inmediato á buscar un herrador. Todo el país estaba lleno de tropas que le buscaban, y en todas partes se hablaba mucho del rey. Mientras estaba teniendo el pié del caballo, le manifestó el herrador grandes deseos de saber dónde estaba el príncipe, diciendo que á son de trompeta se habian ofrecido mil libras esterlinas al que le descubriese. El supuesto criado sostuvo muy bien esta conversacion delicada; pero cuando se trató de vadear el rio de Avon, que por necesidad habia de pasarse, se halló en el mayor embarazo por haber visto al otro lado del rio unos soldados que estaban de centinela. Sin embargo, no hubo mas contratiempo que el susto; porque el rey pasó el rio con la mayor serenidad, y la comitiva representaba tan naturalmente la de una familia del campo que iba de visita, que ni siquiera les ocurrió á los soldados que pudiera ir allí el rey. Luego que llegaron á su destino, fingió la señora á quien acompañaba en calidad de criado, que estaba enfermo, y dispuso que le preparasen una buena cama en un cuarto separado: lo que dió motivo á una aventura, que fué muy lisongera para el príncipe. Quiso verle un médico que estaba allí, y viendo que estaba mas cansado que enfermo, mandó que trajesen vino, tomó él mismo un vaso para animarle, y como buen realista brindó por la salud del rey.

El mayordomo, llamado Pope, que habia

servido anteriormente bajo las órdenes del príncipe, le conoció á pesar de su disfraz. Para esplicarse con él esperó á que estuviesen solos. Entonces echándose á sus pies: «Vos sois, señor (le dijo), y es tan inútil ocultármelo como poco peligroso confesarlo. Creed que mi fidelidad será invariable, y que solo os doy este momento de inquietud para instaros á que huysis de tantos vasallos pérfidos que os buscan para acabar con vos, y que pueden conoceros del mismo modo que yo. Si puedo contribuir á esto, ó á alguna otra cosa, me tendré por feliz.» El disimulo, que probablemente seria muy inútil, podia además ser peligroso. El rey pensó bien de Pope, y acreditó la experiencia que no se habia engañado. Este sugeto dió al rey noticia de otro vasallo fiel, llamado Windsham, el cual hizo todas las diligencias imaginables para embarcar al rey.

Hacia ya algun tiempo que un comerciante amigo suyo habia puesto al otro lado del mar á lord Barklai, que huia de la misma persecucion, y le suplicó Windsham que hiciese el mismo favor á lord Wilmot, sin hacer mencion del rey, sino como de un criado de confianza, que era la única persona que llevaba Wilmot consigo. El oficioso comerciante llevó desde luego á su amigo á casa del patron que habia pasado en su barco á Barklai: se hizo el ajuste, se acordó el dia del embarque y se señaló un parage escusado donde habian de acudir Wilmot y su criado para darse á la vela. Acudieron puntualmente los dos pasajeros; pero no pareció el barco ni el patron, porque la víspera del dia destinado para el embarco, se publicó en una feria de aquellas inmediaciones un decreto terrible del Parlamento contra los que favoreciesen la evasion del rey: con cuyo motivo, incomodada la muger del patron al ver que éste procedia con gran misterio y cautela en todo lo relativo á su travesía á Francia, se habia opuesto á semejante viage, y encerró á su marido en un cuarto en que estaba recogiendo algunas ropas para el viage.

Fué necesario retirarse cuanto antes de un lugar que era ya muy peligroso, y no sabian adonde habian de dirigirse. Carlos se puso en camino casi á la vehtura, en direccion á Dorchester, acompañado de Wilmot, de Windsham y de un criado que les servia de guia. Habiéndosele caido una herradura al caballo de Wilmot, se vieron en un grande apuro. El herrador de quien se valieron, conoció que las herraduras se habian hecho en las provincias del Norte, y los viageros decian que ellos eran de allí cerca: en vista de lo cual el mozo de la posada en que estaban, y en que habian pasado la noche sin acostarse ni querer que se desensillasen los caballos, infirió que aquella gente eran unos caballeros adictos al rey, y que quizá podria estar allí el mismo monarca. Fué, pues, á buscar al ministro de la parroquia, que por fortuna quiso acabar unas malas preces antes de dar cuenta al magistrado, y entretanto desaparecieron los viageros. Pero al momento se tomaron las armas, se hicieron pesquisas y se envió una compañía de soldados para que persiguiesen á los desconocidos. Infaliblemente hubiera caido el rey en sus manos, si la Providencia que le guiaba, no le hubiera inspirado el pensamiento de volver á la izquierda, en vez de seguir el camino derecho que al principio habia tomado. Sin embargo, se renovaban los peligros á cada paso, pues el príncipe se encontraba siempre rodeado de tropas que solo anhelaban matarle. Apenas entraba en una posada veia llegar soldados, oficiales y compañías enteras. Por manera, que á no mirar mas que el curso ordinario de las cosas, no puede comprenderse cómo no cayó el príncipe cien veces en manos de sus enemigos. Un dia que estaba ayudando á un mozo de caballos á sacar los de sus amos supuestos: «yo os he visto en el ejército (le dijo el mozo), y me parece que no me engaño.» — «Es verdad: me acuerdo muy bien» (replicó el príncipe con serenidad); y sin dar lugar á mas preguntas, montó á toda priesa á caballo para

alcanzar á sus amos, prometiendo al mozo que á la vuelta hablarian despacio de sus antiguas expediciones. Se dirigió hácia Salisbury, donde Juan Conventri, hijo del antiguo guarda del gran sello, se encargó de su persona, despues de llenar de elogios á los que le habian servido hasta entonces. En fin, le buscaron un barco en Shore, cerca de Portsmouth, por medio de un nuevo comerciante, llamado Mansel, que pudo conseguir del patron, llamado Tetershall, que se obligase á pasarle á Francia con Wilmot, del cual se decia criado. Pero el patron que habia visto muchas veces al príncipe, le conoció despues de mirarle bien. «Me habeis engañado (dijo á solas al comerciante), y estais empeñado en arruinarme. Conozco perfectamente al rey. Es el que va en traje de criado, y su supuesto amo es el confidente de su fuga.» Convencido entonces el mismo comerciante de que aquel criado era el rey, trató del embarco con mas ardor que antes, y procuró disuadir al marinero de su preocupacion. La eficacia con que hablaba hizo que acudiese Wilmot, el cual tenia alguna sospecha de lo que estaban tratando, y apoyó las razones de Mansel con tantas liberalidades y promesas que, sin disuadir al patron, le movió á que condescudiese con sus deseos. Inmediatamente acudió este á su casa, y á toda prisa pidió á su muger ropas y provisiones. «Mucha priesa tienes (le dijo esta). ¿A qué tanta precipitacion?» Como su marido siguiese metiendo prisa, le replicó: «Anda, bien veo que vas á llevar al rey fuera del reino. Dios te guie, y tambien á él. La empresa es peligrosa; pero con tal que le pongas en salvo consiento en mendigar toda mi vida un pedazo de pan para mi y para mis hijos.» Animado Tetershall con un discurso tan á propósito para producir este efecto, solo pensó en tener pronto el barco para el dia siguiente muy de mañana. Acudió Wilmot con el rey, que continuaba disfrazado, y con los vasallos fieles que habian pro-

porcionado el embarco. Antes de apartarse Mansel del príncipe, se acercó á él, le cogió la mano, y le dijo besándosela: «He querido, señor, que vuestra magestad me engañe. ¡Ojalá aporteis con seguridad, y volvais pronto en paz á reinar con gloria en vuestros reinos!» El rey respondió, riéndose, que cuando se verificase todo aquello no se olvidaria de los favores que tan generosamente le habia hecho. Se alejaron de la orilla, y fué el viento tan favorable todo el dia, que llegaron la noche siguiente á Fecamp, en Normandía.

La Providencia, que tan particularmente habia cuidado de la conservacion de la vida del rey, se manifestó de un modo no menos visible en su restablecimiento en el trono de sus padres. Abandonándole los reyes, sus aliados, hasta el extremo de negarle en sus Estados un asilo contra el parricida, sus mismos vasallos rebeldes y las mismas hechuras del gefe de la rebelion, luego que no tuvieron que temer de este, llamaron á toda prisa á su señor legítimo, y los fautores más ardientes de la tiranía fueron los que solicitaron con mas ansia el favor de ir á buscarle. Carlos se olvidó de todo lo pasado, y trató favorablemente á los partidos contrarios, aspirando solo á reunir todos sus súbditos en una concordia perfecta. Pero habiéndole enseñado la experiencia en nueve años de desgracias que sus mas fieles vasallos eran los católicos romanos, y que, despues de Dios, les debía principalmente la evasion de Inglaterra y la conservacion de la vida, se aumentó la confianza que hacia de ellos y la estimacion con que los miraba hasta el momento de su muerte, en que tuvo por último la felicidad de abrazar su creencia.

Entretanto las contiendas de religion se acaloraban cada dia más en Francia, como tambien la resistencia á las decisiones de la Iglesia. Es verdad que los defensores de las novedades proscritas procuraban por lo comun ocultar sus máximas y el modo de sostenerlas; y, á imitacion de los estratagemas de mar en